



## PERIÓDICO CRISTIANO

NUEVAS CONDICIONES  
LA LUZ se publica el 1.º y 15 de cada mes.

AÑO VI

FUNDADOR D. ANTONIO CARRASCO

NÚM. 148

### SUMARIO

La Luz.—La doctrina de la salvación (conclusion).—Pío IX y las leyes confesionales.—La renovación por el Santo Espíritu.—Salutación de Cristo á la Cruz al ponerla sobre sus hombros para marchar al Calvario.—Excelencia del Evangelio.—Fragmento evangélico.—La Providencia.—Noticias.

## LA LUZ.

MADRID 1.º DE MAYO DE 1874.

Hoy, que se reverdecen las ilusiones de los ultramontanos respecto al poder que suponen que el Papa tiene sobre los reyes; hoy, que en España el carlismo, representación armada del ultramontanismo en Europa, quiere imponer á este país soluciones que están en contradicción, no solo con el derecho humano, sino también con las leyes divinas y con la palabra de Dios, que es su manifestación, hoy hemos de decir algo sobre la pretensión de los clericales á hacer que los reyes estén subyugados á los Papas y que el mundo no sea más que un feudo del pontificado.

Estas pretensiones son antiguas; arrancan de Gregorio VII. Este Papa depuso del imperio á Enrique IV y puso en su lugar á Rodolfo, el cual murió de una herida en la mano. Inocencio III depuso á Juan, rey de Inglaterra, y dió su reino á Felipe Augusto, rey de Francia. El concilio de Letran concedió al mismo Papa el derecho de libertar á los súbditos del juramento de fidelidad prestado á los reyes, medida monstruosa que tantos males debía producir en la cristiandad.

Enrique VI se prosternó ante los pies del Papa Celestino III, y este dió un puntapié á la corona de aquel, como para significarle que todo Papa tiene el poder y el derecho de dar y quitar á los reyes sus coronas. Inocencio IV, en pleno concilio de Lyon, despojó del imperio á Federico VII y jamás quiso reconciliarse con él. El Papa Bonifacio VIII escribió á Felipe el Hermoso cartas arrogantisimas, en las cuales le hacia entender claramente que él tenia dominio completo en las cosas temporales, y que cuantos decian otra cosa no eran ni más ni menos que unos herejes. Julio II, el guerrero Julio II depuso á Juan de Albret, rey de Navarra, y dió su corona á Fernando el Católico. Pío V depuso á Isabel, reina de Inglaterra, y sublevó la Irlanda contra ella. El Papa Gregorio XIV envió bulas por las cuales al rey Enrique IV de Francia se le declaraba incapacitado de seguir ciñendo la corona. Este es el sumario de lo que han hecho muchos Papas, interviniendo en los negocios temporales de un modo prohibido por las Santas Escrituras y que no ha traído más

que perturbaciones y trastornos, no solo al mundo espiritual, sino también al mundo civil.

Estas intrusiones de los Papas habian forzosamente de producir sentimientos de odio y de antipatía en los reyes y príncipes que eran objeto de estas deposiciones, reyes y príncipes que á su vez habian de hacer cruda oposicion al pontificado, originándose de aquí un estado de guerra sorda y permanente en el mundo.

Y si estos hechos de los Pontífices son dignos de severa censura, ¿qué hemos de decir de las doctrinas sustentadas por ciertos jesuitas y por ciertos apologistas para cohonestarlos? El Papa Sixto V dió gracias á Dios por el crimen cometido por Jacobo Clemente, y viene despues el jesuita Mariana y dice que el acto de Jacobo Clemente fué heroico y digno de toda alabanza. El jesuita Suarez dice terminantemente: «Si el Papa depone á un rey, este no podrá ser arrojado de su trono ni muerto, sino por aquellos mismos á quienes el Papa dé este encargo.» y añade en seguida: «Pero en el caso de que el Papa no dé á nadie el encargo de matarle, compete esto á su legítimo sucesor en el trono; si es católico y si él no quiere hacerlo, es obligación esta del reino entero.» Difícilmente se encontrarán en la historia palabras más infames que estas, y tanto más infames, cuanto que están dichas á nombre de una religion que dice que Jesucristo es su fundador.

Estas sanguinarias doctrinas estaban sostenidas, como dice un escritor protestante, por máximas de una teología diabólica. Copiaremos íntegro el párrafo de este escritor: «Que vale más dejar matar á un rey, que revelar una confesion. Que el Papa puede dispensar de cumplir el juramento hecho á Dios. Que el Señor ha dado á San Pedro, y de consiguiente al Papa, el poder de hacer que lo que no es pecado sea pecado, y que lo que es pecado no lo sea. Que matar á un rey depuesto no es matar á un rey, sino matar á un particular. Que siendo sorprendidos en el mal, es lícito comprar la justicia para escapar. Que un religioso debe obedecer á sus superiores con una obediencia ciega; es decir, sin meterse á juzgar si es bueno ó malo lo que le dicen que haga. Que no es preciso guardar fe á un escomulgado. Que el que mata un escomulgado no es homicida, como lo dice el Papa Urbano: «Nosotros no tenemos por asesinos á aquellos que, arrastrados por un gran ardor y por un gran celo hacia nuestra madre la Iglesia católica contra los escomulgados, matan á algunos de estos. Que las sentencias, órdenes y juicios de un juez escomulgado son nulos y de ninguna autoridad. Que el Papa es señor, ora di-

recto, ora indirecto, de los asuntos temporales de los reinos. Que siendo pastor, él puede encerrar y deshacerse de los *carneros* furiosos; es decir, de los reyes que le desobedecen. Que él tiene poder sobre los imperios y reinos paganos é infieles, aun cuando por determinadas consideraciones no use de este poder.»

Excusamos, ante estas máximas, hacer consideraciones de ninguna especie. Ellas se alaban por sí propias. En otro número veremos, con arreglo á la palabra de Dios, que este supuesto poder de los Papas sobre los reyes es falsísimo y destituido de todo fundamento divino y humano.

## LA DOCTRINA DE LA SALVACION (1)

(Conclusion.)

V.

LA SALVACION POR LA FE ES COMPLETAMENTE GRATUITA.

Restáanos tratar ahora de otra condicion necesaria de nuestra salvacion, cual es el ser perfectamente gratuita, sin que preceda ni acompañe mérito alguno de nuestra parte, siendo solo un don de Dios. Seremos breves en este artículo, no porque no podamos ser extensos, sino porque está tan claramente probada esta verdad en las Santas Escrituras, que cualquiera de nuestros lectores medianamente versado en su estudio asiente desde luego á ella sin necesidad de muchas pruebas y abundancia de citas.

Debemos, ante todo, hacer una distincion entre el significado de los términos *salvacion* y *justificacion*. Esta, que en su acepcion gramatical significa *ser hecho justo*, no es otra cosa que el efecto inmediato de la justicia de Cristo, imputada y aplicada al pecador por medio de la fe que el Espíritu Santo causa en él, é incluye la remision de los pecados y de su pena (excepto la muerte y los padecimientos corporales, que en este mundo sufrimos como consecuencias necesarias del estado general de la naturaleza corrompida); la *adopcion* por hijos de Dios y hermanos de Cristo, y por lo tanto coherederos con él; la *santificacion*, que es la perfeccion de la vida cristiana; todos los dones sobrenaturales que Dios otorga á las almas justas, como el don de oracion, interpretacion de las Escrituras, etc.; y, por último, la *salvacion*, que es por parte del hombre la posesion de los bienes eternos, preparados por Dios para aquellos á quienes ha justificado. Segun se ve, pues, la salvacion, como los demás beneficios que hemos mencionado, depende de la *justificacion por la fe*, y, siendo esta completamente gratuita, lo serán también aquellos, como vamos á probar.

Primeramente, sabemos que «sin fe es imposible agradar á Dios», como dice Pablo (Hebreos, XI, 6), y como toda obra buena agrada á Dios, es imposible hacer obra alguna buena sin tener antes la fe. Luego la fe no es por las obras ni por su mérito, sino por la donacion gratuita de Dios.

Esta consecuencia, casi en los mismos términos, la hallamos espresada terminantemente en una multitud de pasajes del Nuevo Testamento, que por no ser dema-

(1) Véase el núm. 147.



siado extensos omitimos trascribir, contentándonos solo con indicar los lugares, que nuestros lectores podrán fácilmente confrontar. Véanse al efecto: Hechos, XI, 21.—Romanos, XII, 3.—1.<sup>a</sup> Corint., II, 5.—Id., XII, 9.—Galatas, V, 22.—Efes., II, 8.—Id., VI, 23.—Filipens., I, 29.—Colos., II, 12.—2.<sup>a</sup> Tesalon., I, 11.—1.<sup>a</sup> Timot., I, 14.—2.<sup>a</sup> Pe l., I, 1; etc., etc.

Con estas citas podíamos aquí dar por terminado nuestro propósito, encargando á los lectores que las lean y las mediten; pero á riesgo de ser importunos copiaremos algunos otros pasajes que prueban con evidencia, para el que tenga fe en la palabra de Dios, que la justificación no se alcanza por las obras, sino que es un don gratuito (perdónese el pleonismo) de Dios.

El apóstol Pablo, en la carta á los romanos, capítulo III, 19, 26, se expresa así: «Empero ya sabemos que todo lo que la ley dice á los que están en la ley lo dice..... que por las obras de la ley ninguna carne se justificará delante de El..... Empero, ahora sin la ley la justicia de Dios se ha manifestado testificada por la ley y los Profetas; la justicia, digo, de Dios por la fe de Jesucristo para todos y sobre todos los que creen en E..... justificados gratuitamente por su gracia, por la redención que es en Jesús, al cual Dios ha puesto por aplacamiento por la fe en su sangre, para manifestación de su justicia, para la remisión de los pecados pasados, por la paciencia de Dios, manifestando su justicia en este tiempo para que El solo sea el justo y el que justifica al que es de la fe de Jesús..... Así, que concluimos ser el hombre justificado por la fe sin las obras de la ley.»—Luego la justificación es por la fe y no por las obras. Léase con atención toda esta carta á los romanos, especialmente los once primeros capítulos, y se verá que lo que el apóstol quiere dejar sentado es que la justificación es solamente por la fe como un don gratuito de Dios, con exclusión de toda obra. «Y si por gracia, luego no por las obras; de otra manera la gracia ya no es gracia,» como concluye en el capítulo XI, 6.

En la carta á los Gálatas, cap. II, 16, dice el apóstol «sabiendo que el hombre no es justificado por las obras de la ley, sino por la fe de Jesucristo, nosotros también hemos creído en Jesucristo, para que fuésemos justificados por la fe de Cristo y no por las obras de la ley, por cuanto por las obras de la ley ninguna carne será justificada.» Y en el v. 21 añade S. Pablo la razón de esta doctrina, «porque si por la ley fuese la justicia, luego Cristo por demás sería muerto,» lo que es una impiedad y una blasfemia.

Otro texto terminante hallamos en la carta á los de Efeso, cap. II, 8 y 9. «Porque por gracia sois salvos por la fe, y esto no de vosotros que don de Dios es; no por obras para que nadie se glorie.» Este texto no necesita comentario; es tan claro y sus términos son tan precisos, que no ofrece género alguno de duda. La justificación gratuita por la fe y no por las obras no podía establecerse de una manera más terminante.

Damos aquí por terminado este asunto, que creemos suficientemente probado con los textos citados, sin necesidad de entrar en una exposición de citas más amplia y difusa. Para aquellas personas que tienen fe en la palabra infalible de Dios, son más que suficientes las pruebas expuestas. Para aquellos que tienen más fe en el testimonio de los hombres, en la tradición, en la autoridad de los Concilios ó en las definiciones de los Papas, sería inútil ocupar el tiempo y gastar papel en copiar pasajes de la Escritura, que para ellos ocupa un lugar muy secundario al lado de las tradiciones humanas.

## VI.

No ha sido nuestro intento, al escribir estos artículos, hacer un tratado completo de la doctrina de la salvación. Pensamos solo decir algunas palabras para dar á conocer á nuestros lectores un magnífico discurso que en refutación á las doctrinas del Talmud y de la Iglesia romana sobre esta materia publica el periódico cristiano *L'Accordo*, de Trieste. Pero una vez la pluma en la mano, hemos dado más extensión á nuestro pensamiento del que en un principio creímos. No nos pesa, porque aunque la doctrina cristiana de la salvación la conozcan perfectamente nuestros lectores, nunca está demás recordarla con frecuencia como una protesta continua de nuestra fe, tan contraria al dogma católico como conforme á la palabra de Dios.

A la pregunta, pues, tan importante para todo hombre de dónde está mi salvación? Hemos contestado:

1.<sup>o</sup> Que la Iglesia talmúdica y la Iglesia romana yerran pobremente y están en oposición con la Escritura al asegurar que solo en ellas está la salvación y

la infalibilidad y que solo los que á ellas pertenecen son justos y tienen derecho y parte en el mundo venidero, ó sea en la felicidad eterna. Estas declaraciones de esas Iglesias, opuestas entre sí, porque la una excluye á la otra, son igualmente falsas, pues según el testimonio de las Escrituras y la enseñanza de la historia, una y otra, la Iglesia hebrea y la Iglesia romana, han errado y faltado muchas veces á la verdad y á la justicia, siguiendo prácticas y enseñando doctrinas contrarias á la palabra de Dios. Ningun fundamento, pues, tienen para proclamarse infalibles, cuando de hecho su historia nos ofrece abundantes pruebas de su falibilidad.

2.<sup>o</sup> Que solo la palabra de Dios es infalible y que por lo tanto ella sola nos puede decir dónde está nuestra salvación.

3.<sup>o</sup> Que el Evangelio ofrece á todos los hombres una salvación cierta, segura y amplia por medio de Jesucristo, único Salvador de los hombres; y

4.<sup>o</sup> Que esta salvación es completamente gratuita por solo la fe en Jesucristo, que es un don de Dios. Por esta fe agradaremos á Dios; tendremos entrada y paz para con Dios; seremos reconciliados con Él; adoptados por hijos suyos; herederos de su reino y coherederos con Cristo, y por último, viviremos seguros de entrar un día á tomar posesión del reino que Dios tiene preparado para todos aquellos que han lavado sus estolas en la sangre del Cordero, de todas gentes y lenguas y todos estaremos delante del trono y en la presencia del Cordero, vestidos de largas ropas blancas y palmas en nuestras manos, sirviéndole de día y noche y cantando el himno de alabanzas y gloria, sabiduría y acción de gracias. (Apocalipsi, VII.) Todos los pueblos tendrán parte en estas bodas eternas del Cordero, «porque no hay diferencia de judío y de griego, porque el mismo es el Señor de todos, rico para con todos los que le invocan.» (Romanos, X, 12.)

Probadas estas grandes y consoladoras verdades con la autoridad de la palabra de Dios, ¿qué diremos al que nos pregunte: qué haré para ser salvo? Le diremos lo que el Apóstol Pablo dijo al carcelero de Filipos: «CREE EN EL SEÑOR JESUCRISTO Y SERÁS SALVO TU Y TU CASA.»

CREE Y TE SALVARÁS.

M. ALONSO.

## PIO IX

### Y LAS LEYES CONFESIONALES EN AUSTRIA

De algunos años á esta parte ha cambiado notablemente el imperio húngaro-austriaco. Es un consuelo grandísimo el ver que una tierra que podía llamarse la tierra clásica de los concordatos, cambia profundamente, y que un gobierno que ha sido el más grande sostenedor del papado se separa de él resueltamente. Las leyes confesionales enfrenarán á los que en aquel país quieren sostener las supremacías en la Iglesia católica. Esas leyes son insuficientes, es verdad; pero todo no se hace en un día y lo malo no se destruye tampoco en un día. La intemperancia del Papa y de su partido no contribuirá menos á que esas leyes se perfeccionen con el tiempo.

Las nuevas leyes eclesiásticas austriacas han causado inmensa sensación en Roma. Que en Prusia haya un emperador y un pueblo en su gran mayoría protestante y que se oponga por tanto á las pretensiones ultramontanas, se comprende. Por otra parte, en la Alemania del Norte la Iglesia romana no tenía gran cosa que perder. Pero en Austria, donde la Roma católica se consideraba como dueña absoluta de las conciencias y de los hombres y al católico y apostólico emperador como al mejor de sus siervos, esto es punto ménos que incomprensible.

En un principio, el Papa remitió con un mensajero una carta privada al emperador Francisco José diciéndole que aun cuando había jurado la Constitución podía violarla, asumiendo á sí el poder legislativo. Francisco José se contentó noblemente con entregar la carta á su ministro, y éste ha contestado negativamente, según leemos en un periódico extranjero. Fracasada esta tentativa, el Papa no intentó otra.

Un diario de Viena trae la traducción de la encíclica que Pio IX, con fecha 7 de Marzo, dirige al obispado austriaco. Dice esta encíclica que la Santa Sede en su carta pontificia de 24 de Noviembre en que señalaba las persecuciones que se hacían en Prusia y Suiza á la Iglesia católica, no contaba con nuevos dolores que había de sufrir en otra parte. «Esta injusticia es tanto más de sentir, dice, cuanto que parte del gobierno

austriaco, el cual ha estado siempre unido á la Sede apostólica..... Pero de algunos años á esta parte se han hecho en el imperio de Austria leyes que violan los más sagrados derechos de la Iglesia y los tratados más solemnes, leyes que la Santa Sede debió condenar y condenó en su alocución de 22 de Junio de 1868. Y ahora la representación de aquel imperio ha hecho nuevas leyes que han venido á disminuir los derechos del pontificado—contra la ordenación de Nuestro Señor Jesucristo—y á reducir á la Iglesia á una servidumbre completa sometiéndola al arbitrio del poder del Estado.»

La encíclica protesta solemnemente contra estas leyes y proclama que la Iglesia tiene sus derechos y sus leyes y sus «superiores y pastores, los cuales no tienen que dar cuenta de sus actos á los poderes temporales.» Inmediatamente la encíclica confronta las leyes austriacas con las prusianas y reconoce que aunque aquellas no tienen el carácter de estas últimas, tienen, sin embargo, en realidad «el mismo espíritu y carácter y preparan á la Iglesia católica en Austria la misma ruina.»

Protesta el Papa contra la abrogación del concordato, hecha sin entrar en tratos con su santidad. «Denunciamos y condenamos, dice, con dolor profundo esa ofensa inferida á la Iglesia entera.» La encíclica se indigna de las excusas que se aducen para legitimar la abolición del concordato y para la presentación de las nuevas leyes confesionales. «Nosotros excitamos é inflamamos el celo de los que son de la casa de Dios para que se esfuercen en evitar el peligro inminente. Entrad valerosamente en vosotros mismos.» El Papa recomienda á los obispos austriacos que aceleren sus discusiones y que establezcan pronto la línea común de conducta que deben seguir enfrente de las nuevas leyes. «Vuestro deber es resistir, les dice, y erigir un baluarte en torno de la casa de Israel.» El Santo Padre confía poder librar á su Iglesia de la angustia que en aquel país la amenaza por otro camino. «Tenemos grandes esperanzas en la devoción y en la fe de nuestro amadísimo hijo en Cristo, el emperador y rey Francisco José, al cual nosotros, en una carta escrita en este mismo día hemos conjurado á que no tolere en su vasto imperio que la Iglesia quede reducida á deshonrosa esclavitud y que los ciudadanos católicos de sus Estados vengan á sentir duras angustias.» La encíclica termina con estas palabras: «Grandes desgracias amenazan á la Iglesia, y tanto cuanto más grande es el peligro, Dios presida vuestras deliberaciones y os conceda su presente ayuda.» El santo padre da por último la bendición apostólica á los obispos.

Esta es la encíclica de Pio IX á los obispos austriacos. No es, como todas las que viene escribiendo de largos años á esta parte, más que una larga lamentación por la ruina cada vez más grande en que la Iglesia católica va cayendo. ¿Y por qué cae en ella? ¿Caería si siguiese verdaderamente á Jesucristo? No caería, pues que Dios ha prometido que estará con la verdadera Iglesia hasta el fin de los siglos. De lo cual se deduce que puesto que esa Iglesia se arruina, no es la Iglesia verdadera.

## LA RENOVACION

### POR EL SANTO ESPÍRITU

¿De qué suerte somos salvos? Por el lavacro de la regeneración y de la renovación del Espíritu Santo, «el cual es derramado abundantemente en nosotros por Jesucristo nuestro Señor.» Nuestra incapacidad para salvarnos es absoluta y solo tiene completa suficiencia para hacerlo la sangre de Jesús, y ella nos da la paz con Dios y un corazón transformado enteramente. No somos aceptados como justos á los ojos de Dios de otro modo que en Jesucristo. Está escrito en la segunda á los Corintios, vers. 17: «Al que no conoció pecado, hizo pecado por nosotros, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en Él.» Así, pues, solo podemos ser salvos por la fe en Cristo. Necesitamos «ser salvos solo por su gracia.»

El cap. III del Evangelio de San Juan, uno de los más preciosos de este Evangelio, nos patentiza la necesidad de la regeneración. Jesús, hablando con Nicodemo, le dice: «De cierto, de cierto te digo que el que no naciere de nuevo otra vez no puede ver el reino de Dios.» El hombre tal como es es incapaz por sí propio de entrar en el reino de Dios. Sus méritos nada son y sus obras nada valen. Por sí propio, pues, no puede esperar cambio alguno. Por efecto del primer pecado existe en el fondo de su corazón una depravación tal



que le inclina al mal de continuo. La voluntad del hombre le arrastra más que otra cosa á satisfacer sus apetitos y sus pasiones: su inteligencia oscurecida se apasiona con frecuencia del error y sus afectos más bien se dirigen á las cosas temporales que á las cosas divinas. Por lo tanto, mientras que el Espíritu no cambie por completo las malas disposiciones que en nosotros existen, limpiando la podredumbre de nuestro corazón, el hombre no podrá aspirar á formar parte de los santos de Dios.

Nacidos todos de padres corrompidos á su vez por el pecado, igual suerte nos alcanza á nosotros. *La intención de la carne es enemistad contra Dios.* Los que viven en la carne no pueden agradar á Dios, y Jesucristo solo quiere aquello que es nacido de espíritu. La moralidad es poco. Jesucristo quiere más que esto: la espiritualidad. Las obras que hagamos y las que dejemos de hacer; los esfuerzos de moralidad que intentemos aunque llevando tendencias al bien, no tienen eficacia alguna para con Dios. ¿No creemos esto? ¿No creemos las palabras de la Escritura, que dicen: «Engañoso es el corazón y más que todas las cosas perverso (Jer. XVII, 9)? ¿Nos parecen estas máximas demasiado severas y no queremos por esto seguirlas? Pues toda la Escritura está llena de ellas. Pero hay más que esto todavía: aunque pudiera existir en el mundo un hombre dotado de una absoluta moralidad, cosa imposible, por este hecho solo aquel hombre no sería más digno de entrar en el reino de Dios. Sin duda nosotros no podemos creer esto y nos agrada creer que dentro de nosotros mismos existen grandes destellos de bien. El Santo Espíritu es el que solo puede convencernos de que somos naturalmente perversos.

Nuestra naturaleza, para entrar en el reino de Dios, tiene que ser cambiada: si así no fuera, para que entráramos en él, Dios necesitaría cambiar la suya. Ha dicho un escritor cristiano: «Es un principio de nuestra naturaleza el que, en cuanto á la felicidad, ha de existir cierta correspondencia entre los gustos, el carácter, los hábitos del hombre y las circunstancias que le rodean, la sociedad que frecuenta y las ocupaciones que desempeña. Un cobarde en el campo de batalla, un malvado en la casa de oración, un aturdido positivista junto al lecho del moribundo, un ébrio en compañía de un hombre santo, sienten instintivamente que no están en su lugar, y en tales condiciones no encuentran goce alguno.» No podemos decir nosotros lo propio. ¿Cómo es posible que un hombre, *todo carne aun*, encuentre placer y satisfacción en la compañía del que es solo espíritu, que es Cristo? Mientras la naturaleza carnal no cambie; mientras no seamos *del espíritu*, no encontraremos goces en la amistad de Dios. «El hombre animal no percibe las cosas que son del espíritu de Dios, porque le son locura y no las puede entender, porque se han de examinar interior-

mente. (I. Cor. I, 14.)» Aspiremos á ser renovados espiritualmente por el mismo Dios. Dios envió á su hijo, no para condenar á vivir á los hombres en su corrompida condición, sino para que él mismo muriese y ellos fueran perdonados y salvos. «El que tiene al hijo, tiene la vida.» (I. Juan, V, 12.)

### SALUTACION DE CRISTO Á LA CRUZ

AL PONERLA SOBRE SUS HOMBROS PARA MARCHAR AL CALVARIO.

«Ven, estandarte de inmortal memoria,  
Que has de triunfar del espantoso infierno,  
Y siempre digno de alabanza y gloria,  
Fundarás en la Iglesia mi gobierno,  
Y en el final juicio con victoria  
Universal y resplandor eterno,  
Lucirás y entre nobles compañías  
De ilustres santos y en perpétuos días...

Arbol de vida y árbol de la ciencia  
Del mismo bien y palma victoriosa  
De donde cogerá con más prudencia  
Que Eva el fruto de amor mi bella esposa;  
Ven, que en tí mi suave providencia  
Sombra le ha de hacer maravillosa.  
Para que ya descanse, ya se aliente,  
Hasta que á verme suba claramente.

Ven ¡oh sagrada cruz! Dame tus brazos,  
Que yo te doy con caridad los míos  
Y te regalo con estrechos lazos,  
Para mí fuertes, para el hombre pios:  
Y si á tu amor no bastan mis abrazos,  
Yo te prometo de mi sangre ríos,  
Con que lavada y bella y dulce quedes,  
Y rica al fin para ofrecer mercedes.

Ven, que en tí hallarán los pecadores  
De infinita piedad la fuente abierta,  
Y de gracia, dulzuras y favores,  
Los justos franca la dichosa puerta,  
Salud el mundo, el cielo resplandores,  
Su triunfo Dios, su vida el hombre cierta.  
Ven, cruz, y vamos.» Dijo, y recibióla  
Con un beso de paz y levantóla.

(HOJEDA. *Cristiada*, lib. XI.)

#### La Providencia.

Dime, padre comun: pues eres justo,  
¿Por qué ha de permitir tu providencia  
Que arrastrando prisiones la inocencia,

Suba la fraude al tribunal augusto?

¿Quién da fuerzas al brazo que robusto  
Hace á tus leyes firme resistencia;  
Y que el celo, que más la reverencia  
Gima á los pies de vencedor injusto?

Vemos que vibran victoriosas palmas  
Manos iníquas; la virtud gimiendo  
del triunfo en el injusto regocijo.

Esto decía yo, cuando riendo  
celestial ninfa apareció, y me dijo:

«Ciego, es la tierra el centro de las almas?»

R. DE ARGENSOLA.

### EXCELENCIA DEL EVANGELIO

Es imposible leer el Nuevo Testamento sin admirar el carácter de verdad, de originalidad y grandeza que se descubre en el libro único, inimitable y sublime, que manifiesta en sí mismo que no es obra de hombres.

La elevación de sus pensamientos, la majestuosa simplicidad de su expresión, la novedad y pureza de su doctrina, la importancia y la universalidad del corto número de sus preceptos, su admirable proporción con la naturaleza y las necesidades del hombre, la ardiente caridad que con tanta generosidad promueve, y, en fin, el sentido misterioso y verdaderamente teológico que encierra, son atributos y perfecciones que no se hallan en ninguna producción del espíritu humano. Añadid el candor, la ingenuidad, la modestia, ó, por mejor decir, la profunda humildad de sus autores, el perpétuo olvido de sí mismos, la noble simplicidad que no les permite hacer la menor reflexión, ni el elogio más breve de las acciones de su maestro, la sencillez con que refieren las cosas más grandes, sin mostrar el más ligero designio de excitar la admiración, ni otra solicitud que la de instruir y mejorar, todo, en fin, manifiesta que estos escritores no se propusieron más que enseñar á los hombres lo que era esencial á su felicidad.

Tan llenos están de espíritu y tan lejos de sí mismos, que cuando exponen las más importantes verdades, olvidan todos los adornos, su estilo es el más sencillo. Por ejemplo: «El leproso extendió su mano y se halló sano.... el enfermo cargó su lecho y se puso á andar....» Sin duda que este es el verdadero sublime, porque cuando se habla de Dios, no se puede decir mejor sino que manda y la cosa es hecha; pero este sublime no nace del arte, sino del objeto: es sublime porque el hecho lo es: el escritor no podía dejar de expresar como era.

(OLAVIDE, *Evangelio en triunfo*.)

### FRAGMENTO EVANGÉLICO.

«Entonces el Pontífice, rasgando sus vestidos, dijo: ¿qué necesidad tenemos de testigos?» (Marcos, capítulo XIX, v. 63.) En el mismo momento que el Pontífice se muestra tan celoso por Moisés y la ley, está obran-

nidad, y sin embargo la ha amado, no por lo que ella era, sino por lo que él quería hacer de ella; y ninguna falta de miramientos, ninguna frialdad, ninguna desobediencia ha podido alejar de la esposa el corazón fiel de su celeste Esposo. (Rom., VIII, 38, 39.) Aquí también debe Jesús servir de modelo á los maridos cristianos; y después de todo, ellos han tomado el solemne compromiso delante de Dios, uniéndose á sus mujeres, de permanecerlas fieles en la prosperidad y en la adversidad, en la enfermedad y en la salud, en la buena como en la mala fortuna, y de amarlas hasta que la muerte venga á romper sus lazos.

Además, el amor de Cristo para su Iglesia está lleno de simpatía. Se conmueve al ver su miseria; no desprecia ni sus combates, ni sus pruebas, ni sus desgracias, ni siquiera sus suspiros ó sus lágrimas. El corazón del esposo debe ser tierno, porque la mujer es un *vaso frágil* (1.ª Pedro, III, 7), y le toca sufrir muchas penas que su marido por su cariño puede aligerar. Que vuestro divino modelo os esté siempre presente; amad á vuestras mujeres como Cristo ha amado á la Iglesia; comparad á menudo á la inconstancia, á las aflicciones de esta, la fidelidad inviolable y las con-

nera, hasta el mismo grado, si es posible, y con la misma perseverancia.»

El amor de Cristo para su Iglesia no ha consistido en sentimientos pasajeros ó en simples palabras; era una solicitud profunda y desinteresada para su bien. El la amó hasta dar su vida por ella, á fin de hacerla libre de esclava que era; El la libró de la condenación y del poder del pecado, y la dió para sí la perfección; El la hizo pasar de la miseria más profunda á una herencia de dicha y á una gloria eterna. No ha habido egoísmo en Cristo; su mirada constante era conciliar la prosperidad de la Iglesia con la gloria de Dios. Sigamos este ejemplo. La afección que los maridos cristianos deben sentir para sus mujeres no debe evaporarse en palabras y en miradas de una ternura fugitiva; pero debe despertar en ellos un deseo activo y permanente que se identifique con su vida de cada día y sea como una segunda naturaleza: deseo de labrar la dicha de sus mujeres y de ayudarlas en la obra de su santificación, olvidándose á sí mismos.

La afección del marido no debe tampoco ser inconstante. Cristo ha amado á su Iglesia en medio de muchas variaciones. La amaba cuando ella no le amaba á El. El conocía su indig-

la vida futura! (I Tim. IV, 8.) Ella es el medio bendito del cual se vale el Dios de las misericordias para endulzar las aguas tan á menudo amargas de la vida. Si habeis entrado en una unión viviente con Cristo, su Espíritu, que El ha puesto en vosotros, os unirá el uno al otro y producirá en vosotros una unión de corazón, de espíritu y de voluntad que El solo puede crear. Por el matrimonio venis á ser una sola carne, y la religión hace de vosotros un solo corazón y un solo espíritu; el matrimonio entre creyentes es la comunión de los santos realizada sobre la tierra. Ya es una cosa muy seria para vosotros el sentirlos unidos el uno al otro para toda la vida; pero, ¡que carácter tan diferente toma vuestra unión si pensais que en Jesucristo se prolongará durante toda la eternidad! Por los lazos del matrimonio, estais unidos hasta que la muerte os separe; pero si estais unidos en la fe y las esperanzas del Evangelio, ni la muerte os podrá separar, porque sois para siempre uno en Cristo.

Una piedad personal es el único medio permanente de entretener la unión de los corazones; es un manantial siempre nuevo de verdadera simpatía. Procurad daros cuenta de todos los elementos que encierra la piedad para



do en contra de Moisés y de esta misma ley al rasgar sus vestidos, lo que no le era lícito hacer. «El sumo Sacerdote, sobre cuya cabeza fué derramado el aceite de la unción.... no romperá sus vestidos.» (Lev. XXI, 10.) Se vé por eso lo que llega á ser el hombre cuando se apasiona y le domina el pretendido y falso celo por Dios, que es meramente exterior. Acaso no había hombre más prudente que Caifás, sin embargo de que obraba entonces con tanta imprudencia y ligereza. Pero á través de todo lo malo y contrario, hecho por los hombres, está Dios prosiguiendo la línea recta de sus designios y así es que en contra de su mismo saber y querer, Caifás obra proféticamente. Acordémonos del pasaje en que se rasga la capa de Samuel, cuando Saul echó mano de él y de las palabras de aquel pronunciadas entonces: «Jehová ha rasgado hoy de tí el reino de Israel y le ha dado á tu prójimo.» (I Sam. XV, 27, 28.) Era, pues, un signo profético para Saul que fué cumplido á su tiempo, y también rasgar los vestidos el Sumo Pontífice por sus mismas manos era un signo que le tocaba á él, pues lo que Caifás se esforzaba en impedir, era la venida de los romanos para conquistar el país y arrebatarse al pueblo, y esto mismo lo estaba él entonces preparando y acelerando por cada uno de sus actos, como por el rasgar de sus vestidos se desprendía moralmente de su oficio de Sumo Pontífice. Vemos también cómo desde entonces todo se rompe; el velo del templo, las peñas, los sepulcros, los corazones.... Todo va abriéndose un siglo tras otro, hasta que, por último, rompiéndose el mismo cielo, se manifestará Jesucristo viniendo sobre las nubes para establecer su reino inquebrantable de justicia y de amor, llevar á cabo sus juicios y cumplir sus promesas de vida y de perfección eterna.

J. DA COSTA.

Traducido del holandés.

## NOTICIAS.

El día 25 inauguró la Asamblea de Sevilla sus sesiones. Deseamos que el Santo Espíritu descienda á cada uno de los pastores que han acudido á ella, y que sus resultados contribuyan al adelantamiento del reino de Dios en España.

\* \*

La asamblea celebra dos sesiones diarias: la una comienza á las once de la mañana y termina á las cuatro de la tarde y la otra tiene lugar de ocho á once de la noche. En cuanto tengamos noticias de sus trabajos, se los espondremos á nuestros lectores.

✕

Los resultados casi definitivos de la votación para la revisión de la Constitución federal suiza arrojan 319.600 votos en pró y 165.574 en contra.

La mayoría que ha obtenido la revisión de la Constitución suiza ha sido bastante importante para dar toda la autoridad necesaria. Los siete cantones en que ha resultado mayoría en contra son los de Schwitz, Uri, Unterwalden, que formaron la conjuración del Rutli en el siglo XIV, primer paso de la independencia

suiza; los de Zug, Lucerna, Friburgo y el Valais. Estos siete cantones fueron los que constituyeron en 1846 la liga antireformista del Sonderbund, y se ve que permanecen fieles á sus tradiciones.

La reforma que acaba de ser realizada, sin ser dirigida exclusivamente contra la Iglesia romana, pues que abraza todas las cuestiones constitucionales, se resiente de las agitaciones religiosas que en estos últimos tiempos han perturbado la Suiza y provocado graves conflictos entre el clero ultramontano y las autoridades de los cantones.

Los artículos de la nueva Constitución llamados confesionales pronuncian la exclusión de los jesuitas de todo el territorio de la Confederación, y mantienen las sentencias de destierro que anteriormente habían sido pronunciadas contra las otras corporaciones afiliadas á la Compañía de Jesús; prohíben la fundación de nuevos conventos é impiden que se prolonguen los existentes, prohibiéndoles recibir nuevos novicios.

Hay otras medidas de origen más moderno.

Queda prohibido por la nueva Constitución imponer penas eclesiásticas á los miembros disidentes de la Iglesia católica, y á los obispos el excomulgar á un hereje ó destituir á un sacerdote rebelde. Sin embargo, debemos consignar que esta medida, por un lado, ha sido defendida así en Suiza como en Alemania, apoyándose en que las excomuniones con el carácter de publicidad que se les da, si no producen precisamente efectos civiles propiamente dichos, los producen en cierto modo y de no pequeña importancia, por lo cual reclaman la intervención del poder civil.

Por otro lado, en Suiza como en Alemania, la necesidad y el derecho de impedir las intrusiones del clero y de asegurar la independencia del poder civil, han llevado fatalmente á este último á necesarios rigores. La curia romana sufre las consecuencias inevitables de las doctrinas del *Syllabus* y de las alarmas que sus pretensiones han excitado.

La nueva Constitución suiza realiza un progreso considerable con las reformas que en ella se hacen.

✕

Sabemos que son más de los que hubiera podido creerse, dadas las circunstancias por que el país atraviesa, los pastores que han marchado á la Asamblea. Los Sres. Orejon, Astray, Gimenez, y algun otro han partido para Sevilla. Y como quiera que en Andalucía no hay carlistas, suponemos que todos los pastores de aquella comarca asistirán á la ella. También se nos ha dicho que el Sr. Empeytaz partió á su tiempo de Barcelona para asistir á las sesiones.

✕

El Sr. D. Manrique Alonso salió de Madrid para Sevilla el día 22. Durante su ausencia, diferentes señores

se han encargado de los cultos, escuelas y reuniones de oración que tienen lugar en la Madera Baja.

✕

El gobierno ha expulsado de Portugal á 21 españoles, por sospechas de ser agentes carlistas. Entre ellos se encuentran algunos curas.

¡Que no han de aprender nunca los curas á cumplir con su ministerio y se han de andar ocupando siempre, con desdoro de su misma religión, en conspiraciones y cosas que no están en armonía con los preceptos que dicen profesar!

✕

El tribunal de Saverna ha condenado al obispo de Nancy á dos meses de prisión en una fortaleza.

✕

Dice un periódico:

«No solamente se ha restablecido ya la llamada capilla de Palacio, con todo su numeroso personal, sino que ya está aprobado el presupuesto de sueldos y gastos de esa nueva dependencia, fundada por los monarcas con destino al culto religioso de su persona y familia. Difícil sería averiguar á qué obedece hoy el pensamiento de restablecer la capilla de Palacio, como no sea el prurito de hacer gastos inútiles y de hacer un restablecimiento general de todo lo antiguo.»

✕

De Miré (Oviedo) nos dicen que en las confesiones de Semana Santa algunos sacerdotes dirigían preguntas como estas.

A las jóvenes casadas:

—¿Tiene Vd. bula?

—No, señor.

—Pues si su marido de Vd. es la causa, *sepárese usted de él*.

A los hombres:

—¿Ha salido Vd. con esa partida que ha marchado á batir á esos religiosos que han venido por ahí defendiendo el altar y el trono? Por Dios, hijos, no os descarrileis como ese maldito... (aquí citaban el nombre de un liberal) que está condenado.

A las jóvenes las dijeron frases que la decencia prohíbe repetir.

De esta suerte algunos ignorantes sacerdotes creen defender su religión, y lo que hacen es acabar de perderla.

✕

A la hora en que escribimos estas líneas, los dos ejércitos, el liberal y el carlista, han empeñado un nuevo y horrible combate en el Norte. ¡Tenga Dios piedad de nuestra patria, y la dé pronto la paz que tan necesaria le es!

Madrid: 1874. — Imp. de M. G. Hernandez, San Miguel, 23

acrecentar vuestra unión. Cuando notais en el uno como en el otro señales seguras de una fé viva, cuando vuestros corazones se confunden en un profundo sentimiento de vuestro estado de pecado y son conducidos los dos por el Espíritu Santo á la misma Cruz para ser hechos participantes de la sola justicia justificante y conformes al mismo glorioso modelo, ¿no sentís que vuestra mutua afección se estrecha más al mismo tiempo que se purifica? Y cuando sentís que estais unidos, no solamente por la afección y por un mismo interés en los negocios de este mundo, sino también por una unión siempre creciente con Cristo, que os abreva á la misma verdad vivificante, que estais revestidos de una misma armadura, combatiendo el mismo combate, siguiendo juntos el mismo camino, pasando por las mismas alternativas de oscuridad espiritual ó de claridad divina, haciendo subir al trono de gracia la expresión de vuestras necesidades y participando en la misma mesa sagrada de un mismo alimento espiritual, ¿no son estos otros tantos vínculos que os acercarán constantemente el uno al otro, de modo que cuanto más se prolongue vuestra vida, más crecerá también vuestra intimidad? Y por fin, cuando

la muerte os venga á separar, experimentaréis que la unión que se había formado entre vosotros no era de la tierra, ni terrestre, sino que era verdaderamente celeste; luego, después de haber triunfado aquí abajo del tiempo y de la flaqueza de la naturaleza humana, os acompañará en la gloria en donde estará consumada cuando *lo mortal sea absorbido por la vida*. (II Cor., V, 4.)

Si los esposos quieren conservar entre ellos esta afección santificada, es preciso que presenten sus cuerpos en sacrificio vivo, santo y agradable á Dios, que es su racional culto. (Rom. XII, 1.)

El deber de los maridos cristianos de amar á sus mujeres, es un deber, no solamente hacia ellas, mas aun hacia la Iglesia y el mundo; es el fundamento de toda sociedad religiosa. San Pablo daba tanta importancia á este deber, que alega los misterios más grandes de la verdad evangélica para apoyarlo. Presenta el acto de amor más grande que se haya visto y que jamás pueda verse en el mundo como ejemplo y móvil á la vez: *Maridos, amad á vuestras mujeres así como Cristo amó la Iglesia, y se entregó á sí mismo por ella*. (Efesios, V, 25.) Lo que significa: «Amadlas de la misma ma-

solaciones, siempre renovadas, del Salvador. Acordaos de las exhortaciones de Pablo; es duro pensar que tales exhortaciones sean necesarias; pero, ¿quién se atrevería á decir que no lo son? Maridos, amad á vuestras mujeres y no seáis desapacibles con ellas. (Colosenses, III, 19.) Desapacibles! exclaman con una indignación involuntaria, ¿puede acaso la ternura conyugal descuidarse hasta tal extremo? Aspereza en las palabras, en las miradas, en los sentimientos: ¡qué vergüenza para el esposo que tiene necesidad de semejante advertencia! ¡Oh! ¡Que el hogar doméstico sea el último lugar turbado por unas miradas, un tono ó unas palabras que indiquen aspereza, y que la última persona en el mundo para quien podais tener un sentimiento amargo sea la que vuestro interés, vuestro deber, vuestra dicha os obligan á amar y á querer como á vuestra propia carne! Una palabra, una mirada podrá ser un golpe mortal dado á una afección sincera, golpe tanto más sensible, cuanto que el corazón que lo ha recibido era más firmemente consagrado á su marido. — *Maridos, amad á vuestras mujeres*, — no con una ternura inerte, pero haciendo serios esfuerzos para hacerlas bien; no solamente durante el tiempo